

**GRAN SUPERTERROR**

¿Un nuevo Edgar Allan Poe?

# CLIVE BARKER

Ganador de los World y British Fantasy Awards

# SANGRE 2

Electrizantes relatos de terror actual

«He visto el futuro del género de terror, y su nombre es Clive Barker.»

STEPHEN KING

## El nuevo gran maestro del terror. Ganador de los World y British Fantasy Awards.

Los relatos reunidos en este nuevo volumen han conmocionado a los lectores más veteranos de libros de terror, porque no repiten ninguno de los tópicos del género y cada historia abre las compuertas a una forma inédita de espanto, como en la cárcel cuyas rejas no cierran el paso a los muertos, o en la de las mortales reliquias de la Gran Peste de Londres, o en la del mago que después de muerto intenta escamotearle su alma al diablo...

*«Lo que escribe Clive Barker crea la impresión de que el resto de sus colegas hemos permanecido estáticos durante los últimos diez años». —Stephen King*

*«Clive Barker es la primera voz auténtica de la próxima generación de autores de obras de horror». —Ramsey Campbell*

*Para Julie y David*

## Prólogo

«He visto el futuro del género de horror y su nombre es Clive Barker —escribió Stephen King después de haber leído los primeros relatos de este autor—. Lo que Barker hace con los *Books of Blood* —añadió— crea la impresión de que el resto de sus colegas hemos permanecido estáticos durante los últimos diez años. Algunos de sus cuentos me resultaron tan terroríficos, en el sentido más macabro del término, que literalmente no pude leerlos a solas».

El entusiasmo de King por su más flamante —y serio— competidor no tiene límites, y cada vez que se le presenta una oportunidad reincide en el panegírico. En una reseña que King publicó acerca de la Convención Mundial de Fantasía de 1983, se deshizo en alabanzas a Barker, a su imaginación, a la originalidad de sus temas y a los prodigios de su estilo: «No insufla un hálito de encanto a sus relatos, sino que lo incrusta a martillazos. ¿Queréis sentir os como Clive Barker se sintió cuando escribió los mejores de ellos? Tal vez no. Muy posiblemente moriríais víctimas del delirio. Estamos hablando de explosivos poderosos... Nunca, nunca en mi vida me he sentido tan cabalmente conmocionado por una colección de cuentos. Nunca dejé de lado uno de sus libros porque estaba solo y sabía que pronto debería apagar las luces... Nunca he experimentado una combinación parecida de repulsión, deleite y asombro... Aunque el relato sea de lo más horripilante, el texto te hechiza, te atrapa, y después te impulsa a seguir adelante... Los cuentos de Barker, simultáneamente surrealistas y naturalistas, representan lo mejor de la literatura de horror..., que tam-

bién es lo peor: son chocantes, demenciales, brutales, pasmosos, alegóricos, asimétricos, profundamente revulsivos y profundamente estimulantes... ¿Estáis aquí porque buscáis algo auténtico? Entonces estáis aquí para conocer a Clive Barker».

La enumeración de todos los elogios que ha recibido Barker a lo largo de su corta carrera llenaría, por sí sola, un volumen de grandes dimensiones. Elogios firmados, además, precisamente por aquellos que, como Stephen King, pueden pensar que Barker les está eclipsando del primer plano de la escena pública. Ramsey Campbell, que prologó algunos volúmenes de los *Books of Blood*, auguró que Barker revolucionaría la ficción de horror «como Stephen King la revolucionó en 1975», y más tarde, cuando ya se había producido el ascenso fulminante del nuevo escritor a la cima de la popularidad, el mismo Campbell sentenció: «Barker es un autor que está dispuesto a llegar hasta el fin hasta donde lo lleve la lógica de su imaginación. A mi juicio, es la primera voz auténtica de la próxima generación de autores de obras de horror».

Peter Straub no fue menos terminante. Durante la ya citada Convención Mundial de Fantasía de 1983, dijo desde la tribuna que los cuentos de Barker lo habían «asombrado por su originalidad y audacia». Y agregó, reflexivamente, en medio de las carcajadas del público: «Me han dejado jodidamente celoso».

La crítica literaria corroboró la opinión de los maestros del género. Michael Morrison escribió, en *Fantasy Review*: «Los cuentos de Barker son originales, turbadores, y tan inquietantes como los mejores de la literatura contemporánea. *Books of Blood* augura la aparición de un nuevo talento de primera categoría en la ficción de horror... La fuerza de su visión procede de su perspectiva consecuentemente tenebrosa del mundo, de sus horrores viscerales y gráficos, de los subtextos temáticos que enriquecen muchos de sus cuentos, y de su predisposición a correr riesgos... La imagi-

nación ilimitada de Barker triunfa sobre el realismo, la razón y la racionalidad, y crea un universo primitivo que es implacablemente hostil al hombre, un lugar peligroso donde el más decente de los actos puede generar las consecuencias más espantosas». Y el crítico del *Publishers Weekly* dictaminó: «Ciertamente, Barker está dominado por una de las imaginaciones más excéntricas de nuestro medio... Estas breves obras demuestran un talento fascinante para lo macabro».

No ha de sorprender, por tanto, que los premios hayan llovido sobre Clive Barker a lo largo de su breve carrera. En 1985 ganó el World Fantasy y el British Fantasy, o sea, los premios que corresponden a la fantasía mundial y a la británica. En 1986 *Publishers Weekly*, la revista más prestigiosa del mundo editorial norteamericano, colocó sus *Books of Blood* a la cabeza de los mejores libros de bolsillo de aquel año. John Mutter, autor de la selección, los definió como «cuentos de horror eclécticos y correctamente elaborados por un nuevo y refinado autor británico». Más no se podía pedir en tan breve lapso: en 1984 Sphere Books había publicado los primeros volúmenes de *Books of Blood* en Gran Bretaña, y su irrupción en la escena norteamericana se produjo en 1985. Con una salvedad adicional: en Estados Unidos, su editor se negó a encasillarlo en la colección de horror, y lo publicó en la de literatura general. «Es así de bueno —afirmó Ann Patty, vicepresidenta de la editorial Poseidon Press—. Atrae a un público mucho más numeroso que el adicto al género de horror. Creo que todo lector inteligente y culto reaccionará favorablemente, porque es en verdad fascinante».

Pero ¿quién es Clive Barker, y qué dice acerca de su propia obra? Barker nació en 1952 en la ciudad inglesa de Liverpool, cuna de los Beatles, fue a las mismas escuelas que John Lennon, y su rostro de querubín tiene un extraño parecido con el de Paul McCartney. Terminó sus estudios de filosofía en la universidad de Liverpool, y fue pintor y

dramaturgo antes de empezar a escribir ficción. Ahora se ha convertido en guionista de las películas inspiradas en algunas de sus obras.

Cuando le preguntaron qué fue lo que le impulsó a escribir cuentos de horror, responde: «En el género de horror subviertes lo que la gente piensa acerca de la mortalidad, la sexualidad y la política. Es un ámbito donde todo está a tu disposición, y me atrae porque aborrezco lo seguro, lo convencional. La ficción en general examina los estratos del mundo con criterio realista; la ficción de horror arremete contra ellos con una sierra eléctrica, corta la realidad en pedacitos y le pide al lector que vuelva a armarla. Es, una forma agresiva de redefinir lo que piensas acerca del mundo, y ésta es la causa de que a menudo la rechacen los críticos y los lectores. Puede maltratar brutalmente nuestra visión del mundo».

Barker atribuye la singularidad de su ficción de horror al hecho de que no está influido sólo por la literatura. «También me han afectado los cuadros de artistas como El Bosco y Goya, que forman parte de la tradición europea de pintura fantástica. No son sólo objetos que nos asustan: también están asociados a la exploración del inconsciente. Siempre me han fascinado».

Beth Levine, que lo entrevistó para *Publishers Weekly*, recoge su confesión de que influyeron sobre él películas como *Psicosis*, *La noche de los muertos vivientes* y *Viernes trece*. La truculencia vívida y gráfica de estas películas, explica Levine, es quizá la causa de uno de los rasgos característicos de Barker: éste nunca desvía la vista, aunque la escena sea extremadamente chocante. «Nunca me echo atrás —afirma Barker—. Para mí, ése es un artículo de fe. La buena ficción de horror siempre debe estar un paso más allá de los límites del buen gusto, para que el lector reciba la sensación de que el libro que tiene en sus manos es peligroso. La gente recurre a la ficción de horror para que ésta impugne sus tabúes, y a mí me gusta satisfacer este deseo. Casi

toda la ficción de horror empieza con una vida rutinaria que es desquiciada por la aparición del monstruo. Una vez eliminado el monstruo, todo vuelve a la normalidad. No creo que esto sea válido para el mundo. No podemos destruir el monstruo porque el monstruo somos nosotros. Piénselo: no hay peores monstruos que las personas con quienes nos casamos, o con quienes trabajamos, o que nos han engendrado».

En otra entrevista concedida a Douglas E. Winter, de la revista *Twilight Zone*, Barker siguió desnudando sus motivaciones íntimas. «Mi anhelo de perversidad es tal vez un poco más completo que el de algunos de mis colegas escritores —confesó—. Quiero decir que si olfateo la predictibilidad de algo que estoy haciendo, inmediatamente me enfrió y dejo la pluma. Esto determina que mis cuentos sean un poco escandalosos para algunos gustos, pero también determina que los lectores aborden mis cuentos con la certeza de que se van a encontrar con algo que no se parece a ninguna otra cosa. Supongo que ésta es la cualidad que ha demostrado ser fructífera... Nunca me he autocensurado. Nunca he emprendido una indagación para después detenerme a mitad de camino al darme cuenta de que me lleva a algo más macabro de lo que puedo soportar. Nunca he eliminado ningún subtexto sexual de mi obra, en cambio, he tendido a llevarlo hasta sus últimas consecuencias con mucho placer. Y nunca he supuesto que algo era demasiado pasmoso o extraordinario para mis lectores. Siempre he supuesto que son tan valientes, temerarios y morbosos como yo... La verdad es que no me encarnizo con lo sanguiinario. Me encarnizo con todo. Cuando mi relato es sanguiinario, es muy sanguiinario; cuando es sexual, es muy sexual; cuando es humorístico, es muy gracioso. No me gustan las medias tintas... Así que no creo ser un buscador de sangre. Soy un buscador de excesos. Me gusta llevar los cuentos, los hechos y los personajes hasta las últimas consecuencias. Me afligiría que mi público me leyera sólo para ver cómo



despedazan a la gente. Esto sería un poco como asistir a una función del *Rey Lear* sólo para ver cómo le arrancan los ojos a Gloucester».

Dicho lo cual, sólo cabe replegarse para dejar que Clive Barker abra la caja de Pandora de sus excesos innombrables.

EDUARDO GOLIGORSKY

## LOS HIJOS DE BABEL

¿Por qué razón le resultaban irresistibles a Vanessa los caminos sin señalizar, las sendas que conducían a Dios sabía dónde? En el pasado, su entusiasmo por dejarse guiar por el olfato la había metido en más de un aprieto. Una noche casi fatal, perdida en los Alpes; aquel episodio en Marrakech que casi acabó en violación; la aventura con el aprendiz de tragasables en las selvas del bajo Manhattan. Y a pesar de las enseñanzas de la amarga experiencia, siempre que tenía que escoger entre un camino señalizado y otros sin señalizar, se inclinaba indefectiblemente por este último.

Como aquí, por ejemplo. Este camino que serpenteaba hacia la costa de Kithnos: ¿Qué otra cosa le ofrecía sino un recorrido sin tropiezos a través de un paisaje de vegetación achaparrada, algún que otro encuentro casual con alguna cabra, y una vista desde los acantilados del azul Egeo? Podía disfrutar de esa vista desde su hotel, en la bahía Merikha, prácticamente sin tener que salir de la cama. Las otras carreteras que arrancaban de ese cruce estaban tan claramente señalizadas... Una iba a Loutra y a su fuerte veneciano en ruinas, la otra llevaba a Driopis. No había visitado ninguno de esos poblados y había oído decir que ambos eran encantadores, pero el hecho de que estuvieran tan claramente indicados los despojaba de todo atractivo. Sin embargo, este otro camino, aunque no condujera a ninguna parte, cosa muy probable, al menos iba a un sitio sin

nombre. No era una recomendación despreciable. Colmada de pura perversidad, siguió ese camino.

El paisaje a ambos lados de la carretera (o mejor dicho, el sendero, porque no tardó en convertirse en eso) no tenía nada de especial. Hasta las cabras con las que esperaba encontrarse brillaban por su ausencia, pero lo cierto era que la escasa vegetación no tenía aspecto apetecible. La isla no era un paraíso. A diferencia de Santorini, con su pintoresco volcán, o de Mykonos —la Sodoma de las Cicladas—, con sus lujosas playas y sus hoteles más lujosos aún, Kithnos no podía jactarse de nada que atrajera al turista. En suma, ése era el motivo por el que estaba allí, tan lejos de las multitudes como podía conspirar para estarlo. Sin duda, ese sendero la alejaría de ellas aún más.

El grito proveniente de los montes ubicados a su izquierda no podía ser pasado por alto. Era un grito de pura alarma, y resultó perfectamente audible por encima del gruñido de su coche de alquiler. Detuvo el anticuado vehículo y apagó el motor. El grito se repitió, pero esa vez seguido de un disparo, un intervalo y un segundo disparo. Sin pensárselo dos veces, abrió la puerta del coche y saltó al sendero. El aire le trajo la fragancia de los lirios del arrenal y del tomillo silvestre, aromas que el pestazo a gasolina del interior del coche había encubierto con efectividad. Mientras aspiraba el perfume oyó un tercer disparo y vio una silueta —demasiado alejada de donde ella estaba como para distinguirla, aunque se hubiera tratado de su marido— que trepó a la cima de una de las colinas para desaparecer en una hondonada. Segundos después, aparecieron los perseguidores. Efectuaron otro disparo, y sintió alivio al comprobar que había sido lanzado al aire y no al hombre. Le advertían que se detuviera, en vez de tirar a matar. Los detalles de los perseguidores le resultaron tan poco claros como los del perseguido, salvo por un ominoso aspecto: iban vestidos, de la cabeza a los pies, con ondulantes túnicas negras.

Vaciló al costado del coche; no estaba segura de si debía volver a subirse al vehículo y marcharse, o averiguar a qué se debía aquel juego del escondite. El sonido de las armas no era particularmente agradable, pero ¿cómo darle la espalda a semejante misterio? Los hombres de negro habían desaparecido tras su presa, y ella volvió la vista hacia el lugar del que habían salido y hacia allí se dirigió, manteniendo la cabeza gacha lo mejor que pudo.

En aquel terreno poco común las distancias resultaban engañosas; las colinas arenosas se parecían mucho entre sí. Durante diez minutos avanzó cuidadosamente entre los cohombros amargos, y entonces le embargó la certeza de haber perdido el lugar por donde perseguidor y perseguidores habían desaparecido; para entonces se encontraba en un mar de lomas cubiertas de pasto seco. Hacía rato que los gritos habían cesado, al igual que los disparos. Estaba sola con el sonido de las gaviotas y el chirriante debate de las cigarras alrededor de sus pies.

—¡Maldita sea! —dijo—. ¿Por qué haré estas cosas?

Escogió la colina más grande de las cercanías y subió la ladera con paso incierto por el terreno arenoso, para comprobar si desde la cima lograba tener una mejor visión del sendero que acababa de abandonar, o tal vez del mar. Si lograba localizar los acantilados, podría orientarse en relación con el lugar donde había dejado el coche y dirigirse aproximadamente en aquella dirección, con la certeza de que tarde o temprano alcanzaría el sendero. Pero el montecillo era una miniatura; desde su cima sólo le fue revelado el alcance de su aislamiento. Por todas partes, los lomos de las mismas colinas indiferenciadas se alzaban hacia el sol de la tarde. Desesperada, se chupó el dedo y lo levantó en el aire para comprobar de dónde soplaba el viento, razonando que la brisa vendría con toda probabilidad del mar, y que podría utilizar esa magra información para basar en ella su cartografía mental. La brisa era insignificante, pero cons-

tituía la única guía disponible, por lo que partió en la dirección en la que esperaba encontrar el sendero.

Al cabo de cinco minutos, durante los cuales su agitación fue en aumento, subió y bajó colinas, escaló una de las laderas, y no se encontró con su coche, sino con un racimo de edificaciones blancas —dominadas por una gruesa torre y rodeadas de un alto muro, como si fuera una guarnición— que no había observado en sus anteriores exploraciones desde lo alto. Se le ocurrió que el perseguido y sus tres excesivamente atentos admiradores habían salido de allí, y ese hecho le aconsejó que no le convenía acercarse. Pero sin instrucciones de nadie, ¿acaso no corría el riesgo de vagar indefinidamente por aquel erial sin poder encontrar el camino de regreso al coche? Además, los edificios tenían un aspecto nada pretencioso que le infundió seguridad. Por encima del brillante muro asomaba el follaje, lo cual sugería que allí detrás había un jardín solitario, en el que al menos encontraría un poco de sombra. Cambió de rumbo y se dirigió hacia la entrada.

Cuando llegó a los portones de hierro forjados estaba exhausta. Sólo cuando encontrara un poco de alivio reconocería el peso de su cansancio: la marcha penosa a través de las colinas le había reducido muslos y pantorrillas a una incompetencia temblorosa.

Al ver uno de los portones entornado, se coló por la abertura. El patio que había detrás estaba pavimentado, y salpicado de excrementos de paloma; varias de las culpables se habían posado sobre un mirto y al verla aparecer se pusieron a arrullar. Desde el patio, y en dirección a una mañana de edificios, partían una serie de senderos cubiertos. Su perversidad, viciada por la aventura, la impulsó a seguir el de aspecto menos prometedor, que la condujo a la sombra de un balsámico pasaje cubierto de sencillos bancos, y más allá encontró un recinto más pequeño. Allí, el sol caía sobre uno de los muros, en uno de cuyos nichos había una estatua de la Virgen María, con su famoso niño, con dos

dedos levantados en señal de bendición, sentado sobre su brazo. Al ver la estatua, las piezas del misterio encajaron: el lugar apartado, el silencio, la sencillez de los patios y senderos... Seguramente se trataría de un establecimiento religioso.

Había carecido de Dios desde la temprana adolescencia, y en los veinticinco años que siguieron, rara vez había traspuesto el umbral de una iglesia. Ahora, a los cuarenta y uno, difícilmente volvería al redil, por lo que se sintió doblemente intrusa. Pero al fin y al cabo no buscaba asilo, sino simplemente instrucciones. Podía pedir las y marcharse.

A medida que avanzaba por el suelo de piedra, bañado de sol, experimentó la curiosa incomodidad que acompaña a la sensación de que te están espionando. Se trataba de una cualidad que, durante su vida en común con Ronald, había adquirido el sofisticado grado de sexto sentido. Los ridículos celos que tres meses antes habían puesto fin al matrimonio habían empujado a Ronald a adoptar unas estrategias de espionaje que no habrían avergonzado a las agencias de Whitehall o Washington. En este momento sintió que la observaban no uno, sino varios pares de ojos. Aunque miró las estrechas ventanas que daban al patio y notó movimiento en una de ellas, nadie hizo ningún esfuerzo por comunicarse con ella. Tal vez se tratara de una orden muda cuyos votos de silencio eran observados con tanto rigor que tendría que hacerse entender por señas. Pues bien, que así fuera.

A sus espaldas oyó el sonido de unos pies que corrían, seguido de varios pares de pies que se acercaban a toda prisa hacia ella. Y desde el fondo del sendero le llegó el fragor de los portones de hierro al cerrarse con estrépito. Por un motivo u otro, el corazón le dio un vuelco, provocándole un revuelo en la sangre, que se le agolpó en la cara. Las piernas, debilitadas, le volvieron a temblar.

Se volvió para enfrentarse a los propietarios de aquellos pasos urgentes, y al hacerlo vio moverse un poco la pétrea

cabeza de la Virgen. Sus ojos azules habían seguido su recorrido por el patio, y no había duda de que también la estaban vigilando ahora. Se quedó inmóvil. Lo mejor sería no correr, pensó, porque tenía a Nuestra Señora cubriéndole las espaldas. De todas maneras, de nada le habría servido el salir corriendo, porque en ese momento de las sombras de los claustros surgieron tres monjas cuyos hábitos ondulaban en el aire. Las barbas y el brillo de los rifles automáticos que llevaban destrozaron la ilusión de que eran esposas de Cristo. Se habría echado a reír ante aquella incongruencia, pero las monjas le apuntaron directamente al corazón.

No le ofrecieron ni una palabra de explicación; no obstante en un lugar que albergaba hombres armados disfrazados de monjas, un atisbo de razón sería, indudablemente, tan raro como las ranas con plumas.

Las tres hermanitas la ataron y la sacaron del patio, tratándola como si acabara de arrasar con el Vaticano. La registraron a fondo y expeditivamente. Aceptó aquella invasión con alguna que otra queja sumaria. Las miras de sus rifles no se apartaron de ella ni por un momento, y en semejantes circunstancias lo mejor era obedecer. Acabado el registro, uno de ellos la invitó a vestirse, y fue escoltada a un cuartito donde la encerraron. Poco después, una de las monjas le llevó una botella de sabroso *retsina* y, para completar el catálogo de incongruencias, la mejor pizza estilo Chicago que había comido al este de esa ciudad. A Alicia, perdida en el País de las Maravillas, no podría haberle parecido más curioso.

—Tal vez haya habido un error —reconoció el hombre del bigote aceitado, al cabo de varias horas de interrogatorio.

Vanessa sintió alivio al descubrir que el hombre no pretendía hacerse pasar por abadesa, a pesar del aspecto de la guarnición. Su despacho —si es que era su despacho—